



PALOS_{DE} CIEGO
GACETA

Nº 2
FEBRERO 2026
www.palosdeciego.es

EDITORIAL

CUANDO VUELVEN LAS CIGÜEÑAS

Las cigüeñas han vuelto. Su figura blanca y solemne traza espirales sobre los árboles, buscando los mismos nidos que los inicios del invierno deshizo a medias. Su llegada tiene algo de ceremonia antigua, de pacto tácito entre el cielo y la tierra: regresar, habitar, reconstruir. Nadie las llama y, sin embargo, vuelven cada año fieles a un territorio donde el tiempo parece girar sobre sí mismo. Quizá, por eso, su aparición es también metáfora de un país que empieza a preguntarse de nuevo qué significa quedarse, volver o empezar en el campo.

El medio rural comienza 2026 entre incertidumbres y señales de esperanza. A la sangría demográfica se le suman los desafíos climáticos, la falta de servicios y de conectividad, pero también una incipiente revolución silenciosa. Jóvenes que apuestan por proyectos sostenibles, mujeres que emprenden desde pueblos casi vacíos, ganaderos que reinventan los métodos de siempre con tecnología de vanguardia. En esas historias late una convicción que durante demasiado tiempo se despreció: que el campo no es un lugar del pasado, sino un territorio de futuro.

Las cigüeñas, con su testaruda constancia, nos recuerdan que volver no es retroceder. Volver es una forma de avanzar con la memoria. Las aldeas que hace poco parecían dormidas, hoy empiezan a acoger iniciativas cooperativas, talleres culturales, experiencias turísticas respetuosas. Hasta en los viejos caminos –aquellos que se cubrían de maleza– vuelve a escucharse el paso lento de quienes recorren la naturaleza en busca de silencio y de sentido. La ruralidad, tantas veces contada como drama, también puede narrarse como posibilidad.

Pero no basta con mirar el paisaje desde fuera. Hace falta una nueva mirada rural, capaz de integrar producción y cultura, campo y tecnología, tradición y cambio. Una mirada que no infantilice ni idealice, sino que hable de derechos, de gestión del agua, de energía, de vivienda, de equilibrio territorial. Porque sin justicia rural no hay cohesión social posible.

Durante este año, *Palos de Ciego* quiere seguir siendo testigo de esas transformaciones. Queremos contar los retornos y los comienzos, los aciertos y los tropiezos, los vuelos de las cigüeñas y los pasos de quienes trabajan para mantener viva la vida rural. Lo nuestro no son nostalgias, sino la conciencia de que, en cada nido reconstruido, en cada escuela que reabre, hay una promesa: la de que la vida, pese a todo, continúa.

Dar palos de ciego, quizá, siga siendo un acto de fe. Pero es también una manera de buscar a tientas un futuro compartido. Y como las cigüeñas, seguiremos regresando, porque aquí aún queda mucho por contar.

Sumario

El descanso

C. Flantains

El Huerto

Inés

Introducción a la pérdida I

Luciana Pereira

Invierno, guardián del monte herido

Alberto Centeno

La nieve

Mirna Valdeburón

Mi amigo de los bosques

Manse Robles Castro

Pereza

Concha Lucas

Zurrapas

Ignacio Chavarria

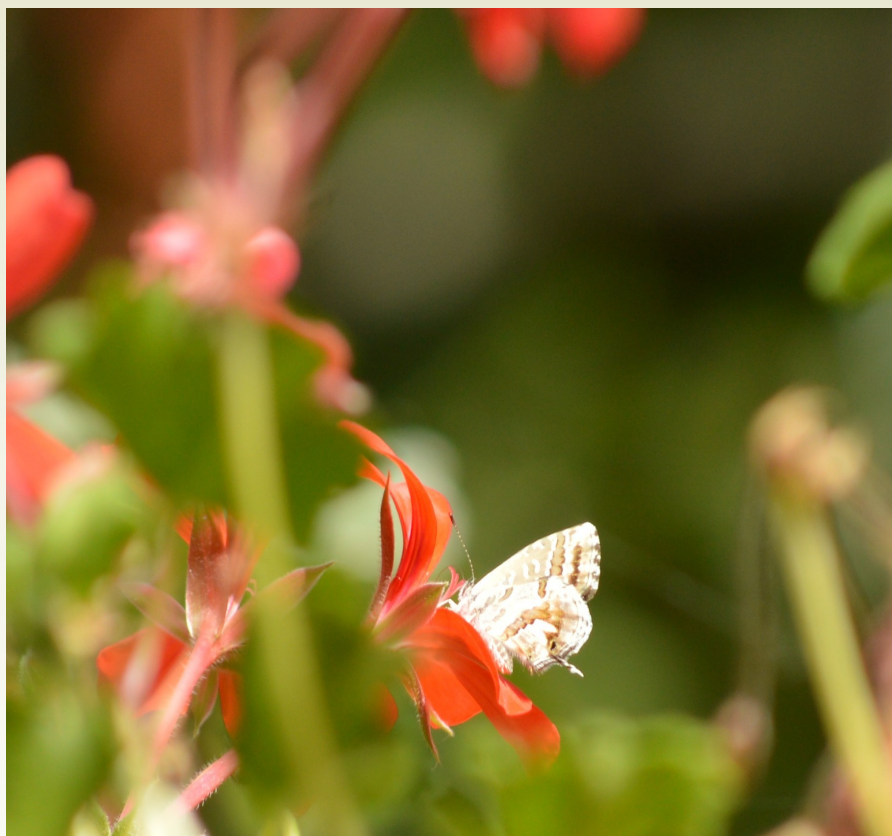
Naturaleza en su estado Puro e Impuro *Juan Carlos Martínez*

EL DESCANSO

C. FLANTAINS

Cayó el atardecer de aquel día
como caen los cuerpos atravesados
por una bala en cualquier guerra:
siseó el silencio como un látigo sobre la ira
la parálisis de los miembros fue la calma
y aquella arista afilada del haz de luz
desapareció en la negra pupila de los seres
que sin descanso solo miran.

Rogué entonces no tener que vivir
más tardes sin un momento como ese,
aunque al instante siguiente fuera engullido
en un gesto definitivo
por la boca desquiciada que abomina
del vacío del abismo de las almas,
del vacío en el que las estrellas suspendidas
refulgen como locas sin saber por qué,
boca que absorbe el aliento que exhala,
del anóxico y simple ser que soy.



C. Flantains

EL HUERTO

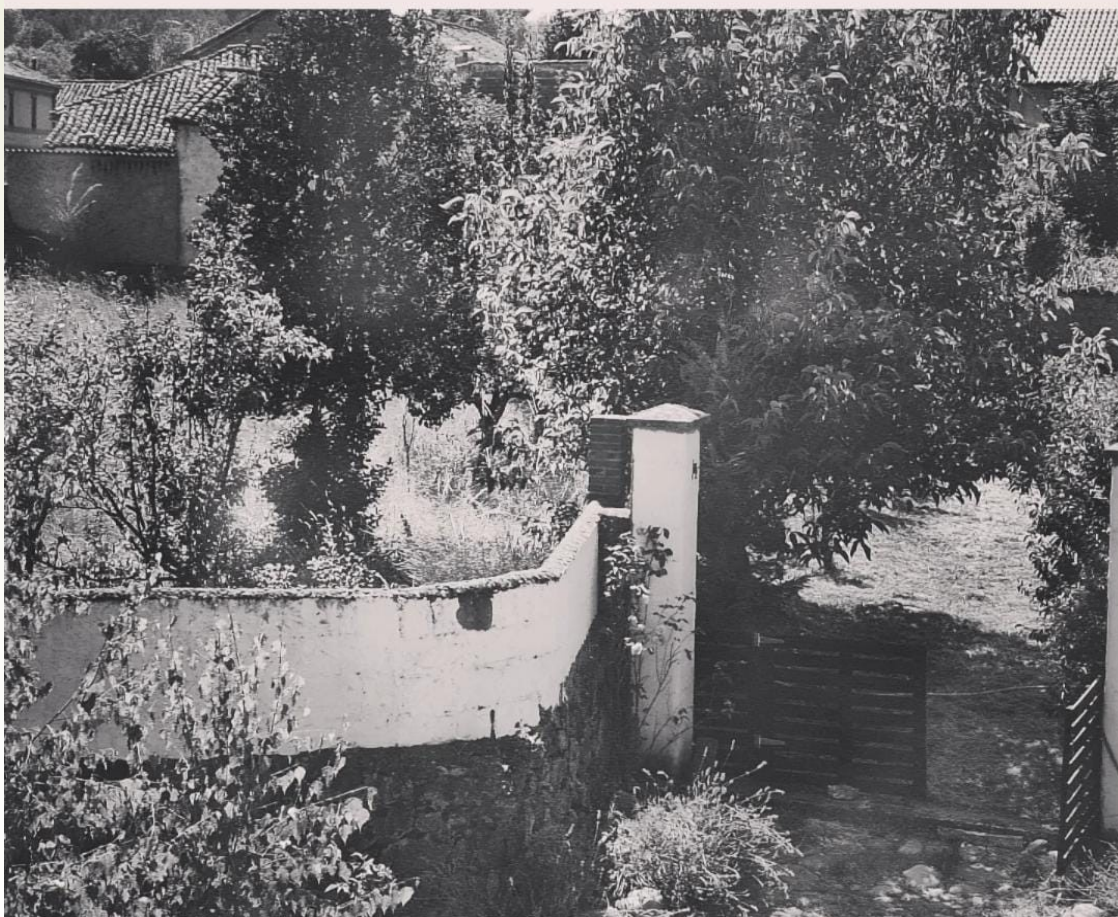
INÉS

Mis ojos atravesaron la ventana del piso superior y pude ver cómo lo que un día fue una huerta envidiable se había ido dejando a su suerte hasta quedar completamente tapado por la hierba alta. El nuestro, nada del otro jueves, se mantenía por las incansables jornadas de mi madre cortando césped. Pero sarna con gusto no pica, y para ella esto de “cuidar tus tierras” era como su parque de atracciones personal.

De repente sentí pena. Me sobrevino de repente, sin previo aviso. Y una lágrima solitaria rodó por mi mejilla. No era el jardín, no era mi depresión, no era el domingo. Era ver en primera persona qué ocurre cuando alguien ya no está. Ese *yanoes* en gerundio. Tampoco es que yo tuviera grandes lazos de amistad con el vecino antiguo propietario del envidiable jardín, pero es verdad que siempre, siempre me fascinaba ver el tiempo y amor que le dedicaba y que ya no. Mi lágrima cayó al suelo del baño mientras yo, recién salida de la ducha, dejaba que se me pusiera la piel de pollo contemplando ese breve instante de realidad. Hacía mucho que no pensaba en ella. Ya sabes. Laquenodebeser-nombrada. La muerte.

Había navegado por mi cabeza mil veces estos últimos meses la idea de pasar a formar parte de ese vecindario silencioso de forma voluntaria. De tirar la toalla. De decidir que no quiero seguir la partida con estas cartas que me han tocado. Pero meses después de todo, aquí seguía. Cierto es que tomarse 14 pastillas al día

para tener un presente, ya no vamos a decir bueno, estable más bien, no me hacía mucha gracia. Pero tampoco podía soltar ese flotador que cuatro veces al día me sostenía con una química mágica, por ahora para mí imprescindible. “Ya iremos bajando”, había dicho el psiquiatra. “A tiempo de bajar siempre estamos”, había dicho la psicóloga. Pero la mierda era que cada domingo yo rellenaba mi pastillero premium con 14 pastillas para cada día de toda la gama de colores, tamaños y formas, preparando una semana más de amarga ansiedad constante.



Con el tiempo que llevaba con esto, debería de haberme acostumbrado ya al ritual de abrir y cerrar cajas, contar y distribuir pastillas y todo ese estaribel. Pero no. ¿Quién podría? Quiero decir, ¿cuál es la alternativa? Si no me medico, vuelvo a querer formar parte del patio de los callaos porque mi cabeza no está todavía perfectamente engranada. Si no me lo tomo, por muchas sesiones de MDMR que haga con mi loquera caen en saco roto. Me quedo expuesta. Como ahora estaba. Como parece que estoy siempre. Expuesta y con el culo al aire.

Me envolví en una toalla y terminé de secarme. Mi madre me llamó desde el piso de abajo para un no sé qué y yo volví al presente. Casi asustada de mis propios pensamientos. Quiero estar aquí, obvio que quiero. Pero cruzar la línea, darte cuenta de que el hecho de estar es una elección diaria de la que un trastorno mental se puede aprovechar si bajas la guardia, es una verdad peligrosa. Quizá sí sea hora de ponerle nombre. Porque a lo mejor yo no tengo un huerto que se haya descuidado, pero el TLP ha pasado como un tifón por mi vida de forma transversal. No le ha quedado ni un solo huequecito sin tocar. Aparecía a la hora de comer, porque ya no comía. A la hora de quedar, porque ya no quedaba. A la hora de levantarme, porque me suponía un esfuerzo enorme levantarme.

A la hora de estudiar, porque tampoco estudiaba. Siempre había querido una relación larga; cuidado con lo que deseas. Este novio mío, que me acompañaba a todas partes, no había tema sobre el que no opinase. Así, bajito, por debajo justo de la oreja. Daba igual qué oreja. Pero daba su opinión. Me volvía dura y blanda al mismo tiempo. Me hacía entrar en constantes dicotomías sobre si fresa o nata llevadas al extremo. Impulsos, dijo Valeria. Son impulsos, Inés, no puedes dejarte llevar por ellos. Pero cuando una está locamente enamorada, es tonta e impulsiva. Y yo enamorada no estaba, pero lo de locamente, joder que sí lo estaba. Y mi novio me proponía hasta las más absurdas decisiones. Así acababa luego, con otra sobreingesta más de pastillas. O comiéndome 10 polos de naranja de una sentada para calmarme como un niño se agarra a un chupete. Una vez más decidí que mi huerto seguiría cuidado y yo, obediente, tomaría las pastillas, seguiría haciendo deporte y meditando a diario. Puede que la holgazanería me impidiera esto último; tampoco vamos a echarle la culpa de todo al novio tóxico. Pero ahí estaba, viendo las consecuencias del no estar. De desaparecer. Palpar cómo el tiempo había pasado para todos, yo incluida. Y ser consciente de quiénes seguíamos en la mesa de póker, con faroles o no, jugando nuestras cartas dadas.

Miré resoplando una vez más la hierba alta y salí del baño.

Inés

INTRODUCCIÓN A LA PÉRDIDA I

LUCIANA PEREIRA

Haciendo esos kilómetros a granel por la submeseta sur y la norte, ... pensé menos en el viaje y más en mis cosas, en concreto en la palabra “pérdida” ...

*Cómo averiguar,
se dijo,
si he abandonado
la realidad para
entrar
en un cuento o he
abandonado un
cuento
para entrar en la
realidad.*

Solo humo. Juanjo Millás

Viajando el otro día desde La Alcarria guadalajareña a la Ribera del Porma, iba yo pensando en la calor que estaba pasando, en lo poco que me gusta la autovía de Burgos a la que atraviesa el Sistema Central, y en cuándo llegaría, por fin, el desvío en Aranda de Duero que me adentraría felizmente en tierras de Valladolid y Palencia. Haciendo esos kilómetros a granel por la submeseta sur y la norte, y dejando atrás carteles con términos recios y, sin embargo, deliciosos -Tierra de Campos, Canal de Castilla-, así como nombres de pueblos que yo creo que los inventan para amenizar el camino —Villaviudas, Cevico Navero, Antigüedad, Castromocho— pensé menos en el viaje y más en mis cosas, en concreto en la palabra "pérdida", con la que llegué a las proximidades de Mansilla de las Mulas.



He de decir que, aunque el viaje fue largo y estuve de resaca casi todo el día siguiente, uno de mis yoes felicitó al otro por tocar únicamente una urbe en todo el camino, Guadalajara, y solo por cumplir con cierto compromiso que, si no fuera por eso, hubiera llegado desde el pequeño pueblo alcarreño, Castejón de Henares, al más pequeño aún, Castro del Condado (León), saltando de pueblo en pueblo igual de feliz que el Barón Rampante se desplazaba de árbol en árbol.

Como decía, me enredé sin prisa en la palabra pérdida, pues aún me quedaban un par de horas para llegar al destino.

Resulta que, no hace mucho, cayeron a plomo sobre mí esas vocales y consonantes, colocadas en ese orden y desconocidas para mí:

—Hola, soy una pérdida, y aquí me quedo.
Ni una palabra más.

Tal cual lo cuento, sin avisar, sin pedir permiso. La pérdida, desnuda, franca y sin aditivos se quedó en el hall de entrada, en silencio, ella y yo. Y no supe qué hacer, porque yo estaba a otras cosas y no tenía ganas de visitas ásperas e inesperadas.

Desde entonces convivo con ella. Al principio me pesaba mucho y la apartaba a codazos, pero no había manera, la pérdida se quedaba ahí, importándole un bledo si me molestaba, empujándome con dureza y con impunidad y, sobre todo, sin responder a nada. Al cabo de unas cuantas semanas me pareció que, a pesar de todos mis esfuerzos, la pérdida no se iría nunca. Aunque eso aún es difícil de saber. Así que he seguido mi vida como antes de que apareciera, pues la pérdida, como bien dice la palabra, se perdió, pero yo no, y espero estoicamente el día en que se marche, en que pueda derribarla en el corro de lucha.

Imagino que hay varias o muchas clases de pérdida y cada cual tiene que integrarla en su día a día en función de, al menos, dos variables: el tipo de pérdida y la forma de ser que a cada uno nos ha tocado.

Ya llevaba casi un par de horas de viaje desde la parada del almuerzo, y dirigiéndome al oeste a esas horas el sol me atosigaba sobremanera, así que empecé a buscar la casilla de salida para descansar y tomar algo fresco. Entré en un pueblo que me pareció medio grande y con posibilidades, de nombre Mazariegos, y allí un ser humano de unos cuarenta años me indicó toscamente -no debió de parecerle normal que alguien entrara en Mazariegos preguntando por un bar- que allí no lo había, pero sí en el siguiente, Castromocho, dijo. Mientras avanzaba, me iba rondando la idea de que un pueblo con ese nombre y en un país que de lunes a jueves desprecia el campo, no podía tener un bar abierto un lunes a las cuatro de la tarde. Así fue.

Seguí, pues, enredada en la condenada palabra y en las larguísimas carreteras secundarias de Tierra de Campos sin encontrar ningún sitio donde poder parar bajo el aplastante sol de esa tarde.

Me vino a la cabeza que las pérdidas que había conocido hasta entonces eran las pérdidas triviales: de orina, la pérdida de pelo, la presbicia. Y yo, enfrascada en mi mundo cotidiano, creía que eran pérdidas tremendísimas e irreparables hasta que apareció lo que sentí como una pérdida con mayúsculas.

Por fin, en las cercanías de Mayorga apareció ante mis ojos el detestable oasis en forma de gasolinera + bar de carretera, y delante de un descafeinado con hielo olvidé por un rato los kilómetros que llevaba, los que me faltaban y el sol no de poniente, el anterior, que pega más.

Más animada tras el descanso, tuve un pensamiento tópico pero efectivo, consistente en que llegar a la edad en que se padecen alguna de esas pérdidas es la nada, pues con una compresa, unas gafas o un buen rapado a tiempo o a destiempo, da lo mismo, el problema está resuelto. Resolver con una misma la otra pérdida es otra cosa. Me ha parecido que el tiempo y las buenas compañías son los únicos que te dan respuestas satisfactorias porque una, en tales circunstancias, solo da para hacerse preguntas y más preguntas que construyen un tornado inacabable e inútil. Llegué a mi pueblo victoriosa, y tras de mí la sombra que llevaba semanas persiguiéndome, pero con parte del recorrido hecho, sin yo saberlo.

Luciana Pereira

INVIERNO, GUARDIÁN DEL MONTE HERIDO *ALBERTO CENTENO*

El pasado verano, en León, el fuego arrasó montes, historias familiares y paisajes que parecían eternos. Allí donde el fuego rugió durante días interminables, la calma invernal impone una lentitud sanadora. Ahora el monte ennegrecido espera algo más que compasión: espera prevención.

Si te preocupa lo que puede pasar cuando vuelva el calor, lee el presente texto y comparte tu experiencia. ¿Qué se está haciendo en tu municipio para prevenir nuevos incendios? ¿Qué falta por hacer? ¿Qué papel juegan las administraciones públicas y privadas cuando el incendio ya no sale en las noticias?

Cuando escribo estas líneas me encuentro al amor del fuego. Es invierno. Estoy resguardado y envuelto en una atmósfera cálida y cercana, lejos de la intemperie o de inquietudes externas. Pero el crepitar de las llamas me hace recordar la realidad de los incendios forestales sobrevenidos en agosto del pasado año. Mientras el fuego del hogar supone refugio y cercanía, los fuegos desatados en los campos y montes representan destrucción, miedo y pérdida. La misma llama que en la chimenea reconforta, descontrolada en la naturaleza se transforma en un enemigo devastador. Así, el fuego nos muestra su doble cara: aliado del ser humano si se usa con precaución, pero también como una fuerza desbocada, cuando la negligencia o el cambio climático lo desatan sin medida.

El pasado verano, en la provincia de León, dejó cicatrices ardientes sobre la piel de la tierra. El viento, en aquellos días, se volvía un animal herido que aullaba entre montes y valles, cargado de ceniza y de miedo. El monte, antes verde y silencioso, ardía como si una furia escondida hubiese descendido sobre él, y el humo se elevaba en la atmósfera como un lamento visible. En los pueblos, la gente contemplaba, con ojos empañados de impotencia, cómo la memoria de generaciones quedaba reducida a cenizas y polvo.

Llegado el otoño, el viento trajo su leve calma. Los montes ennegrecidos recibieron la lluvia como quien recibe una caricia después de la tormenta y el agua corrió por las laderas lavando las heridas abiertas en la tierra. El fuego no puede borrar del todo la raíz de la vida. Entre las cenizas pequeños brotes se atreven a desafiar la devastación y el olor acre de lo quemado convive con la

promesa de un renacer secreto, invisible aún, pero preparado para abrirse camino. Pero también se inicia el curso político y surgen preguntas a las que hay que dar respuesta: ¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar? ¿Quién supervisará y responderá por la prevención de los incendios? ¿Seguirán precarizados los recursos, bomberos y trabajadores que se dedican a la extinción de los incendios?

Ahora, allí donde el fuego había rugido durante días interminables, la calma invernal impone una lentitud sanadora. Las laderas de los montes parecen dormir y en ese sueño helado van tejiendo nuevas esperanzas. Pero el invierno no sólo trae consuelo, también anuncia el tiempo de la prevención. Es una invitación a preparar la tierra para resistir futuros incendios. En esta estación es cuando se deben limpiar los montes de ramas secas, matorrales y residuos forestales que actúan como combustible. El frío facilita estas tareas, y cada mano que poda, corta o retira restos vegetales se convierte en guardiana de la primavera futura.

La prevención de incendios forestales exige, además de una implicación de la ciudadanía, una responsabilidad compartida entre administraciones públicas y privadas. En territorios como la provincia de León, marcados por paisajes y extensos recursos naturales, el compromiso institucional se convierte en un pilar esencial para asegurar que el fuego no vuelva a arrasar la memoria de la tierra.

Por un lado, las administraciones públicas tienen la obligación de planificar, coordinar y financiar políticas de prevención sólidas. Esto implica invertir en la limpieza de montes y la gestión de masas forestales. También, reforzar la formación de brigadas, bomberos y personal especializado, garantizando tecnología, infraestructuras y respuesta rápida ante emergencias. Además, son responsables de la educación ambiental. Los niños y niñas deben aprender en la escuela que el monte no se cuida solo, que el monte es un ser vivo que necesita aliados que le protejan. Igualmente, son necesarias campañas que conciencien a la población sobre los riesgos del fuego y la importancia de habitar el monte de manera respetuosa.



También, a las administraciones privadas, fundamentalmente las empresas vinculadas al sector forestal, les corresponde aplicar planes de gestión sostenible, asegurando que las talas, podas y usos del monte reduzcan el riesgo de combustibles acumulados. También, invertir en proyectos de restauración ambiental y destinar parte de sus beneficios a mitigar los riesgos que su actividad puede generar. Además, sería importante que los medios de comunicación mantuvieran el tema en el candelero durante todo el año.

En definitiva, la prevención contra los incendios es un compromiso colectivo: El estado protege, las administraciones colaboran y la ciudadanía se implica. De esta manera, la naturaleza podrá vivir más allá del verano, preservada de un fuego que se combate en invierno con responsabilidad compartida. Allí donde el incendio calla, la prevención habla con claridad. Y su palabra, si es escuchada, garantiza que los montes de León, y de cualquier otro lugar del país, vuelvan a ser espacios de vida, refugio y esperanza.

Alberto Centeno



LA NIEVE

MIRVA VALDEBURÓN

*Las estrellas salen balseando en azul y rojo,
Sin sentir galopa la negrura:
Cierro los ojos y el mundo muere.
Sylvia Plath*

Me despierto sintiendo el olor del invierno, esa mezcla de frío y leña que te retiene entre las sábanas mientras te aferras al abrazo del sueño, sin embargo, lo que ocurre hoy es totalmente distinto, ese olor me lleva a la necesidad indeleble de ponerme en pie.

Como si de una premonición se tratase, me apresuro a levantar la persiana para descubrir que mi pintura favorita se ha transformado en un dibujo a carboncillo difuminado.

La nieve cae lentamente y la escasa luz del amanecer tiñe el paisaje de gris. Corro a prepararme un café con una prisa totalmente injustificada, pensando que no puedo perderme el paso del blanco y negro al color, o mejor dicho, al monocromático blanco helado, pues una nunca sabe en qué momento el carboncillo se transforma en una fotografía de alta calidad.

Al calorcito del café y con la chimenea prendida, me instalé ante la ventana. No sé qué tipo de atracción fatal ejerce la nieve sobre mí, pero no puedo apartar la mirada, me atrapa como si una suerte de hipnotismo me hubiera poseído. Calculo que en estos momentos la capa que cubre el patio trasero tendrá unos diez centímetros y me doy cuenta de que lo que realmente quiero es salir corriendo con un metro de carpintero, hundirlo en la nieve y comprobar exactamente cuántos centímetros hay.



No entiendo esta obsesión por medir la nieve, ya que nunca he tenido una relación fluida con las matemáticas. De todas formas, si lo pienso en términos prosaicos y me olvido de la parte científica, reconozco que están presentes en la vida diaria.

Siempre que nieva me apetece hacer unas sopas de ajo, una asociación totalmente nostálgica, la casa de la abuela, las madreñas en la puerta, la cazuela roja en la chapa y los números presentes otra vez: cuatro dientes de ajo bien machacaditos, medio pocín de aceite de oliva, una cucharada de pimentón, dos vasos de agua y al llegar al pan de hogaza, (que como mínimo debería ser del día anterior), hago un poco de magia, me desprendo de la ciencia y acudo a las humanidades: la cantidad dependerá únicamente de cómo te gusten, espesinas o bien caldosas.

El día avanza, entre el fuego y la lectura, dejo sobre la mesa a Annie Ernaux. Parece que no consigo concentrarme y pruebo con Sylvia Plath:

*Las estrellas salen balseando en azul y rojo,
Sin sentir galopa la negrura:
Cierro los ojos y el mundo muere.*

Doy un significado a estos versos desprovisto del contexto y del objeto del poema, me invento que describen el momento que estoy viviendo y decido coger el metro de carpintero y salir a medir la capa de nieve. Diecisiete maravillosos centímetros.

La influencia de los versos me arrastra hasta la calle, no puedo esperar a que las estrellas salgan balseando. Me visto a conciencia: botas, polainas, plumas y gorro, no soporto pasear con paraguas e interrumpir el camino de los copos. Sigue nevando intensamente, pero no estoy en el Everest y no necesito esperar a que se abra una ventana de buen tiempo, salgo decidida a llegar al hayedo. Calculo mentalmente, mil trescientos metros de altura y unos trescientos cincuenta de desnivel. ¡Otra vez las mates pidiéndome amistad!

Comienzo el ascenso y me centro únicamente en el sonido de las botas al hundirse en la nieve, a veces lo pierdo porque la ventisca acaricia las ramas de los pinos derramando montones de estrellas azuladas y cada poco, alguna rama antigua que no soporta el peso se quiebra.

Miro a lo lejos el camino inalterado, únicamente mis huellas perturban el equilibrio, y me pregunto qué busco, qué pretendo descubrir. Entonces comprendo que este momento en sí mismo es un refugio, un camino hacia la armonía.

Mirva Valdeburón



MI AMIGA DE LOS BOSQUES ***MONSE ROBLES CASTRO***

Tengo la suerte de vivir en el pueblo de mis bisabuelos y de toda mi familia. Un pequeño pueblo en la España despoblada. En la ribera de un pequeño río de montaña con su caudal sin regular por presas ni pantanos. Un río que sigue el curso natural de las estaciones: en primavera ruga de forma alocada y en el verano se remansa en pequeñas pozas transparentes y desaparece debajo de las piedras en algunos tramos. Somos muy pocos, sobre todo en el invierno.

Puedo ver las azuladas crestas de la Montaña Central Leonesa a muy corta distancia. Y son para mí como un imán. No puedo dejar de mirarlas, tan azules. Tan bellas.

Así que, sin poder ni querer evitarlo, una vez más, cogemos las mochilas y las botas y acudimos a la llamada de las rocas y los bosques.

Hoy vamos a subir un pequeño pico calizo, de poco desnivel, pero que desde lo alto tiene una magnífica vista del valle de verdes prados y de las altas cimas circundantes, todas ellas montañas calizas, agrestes, alpinas, de crestas afiladas y cimas puntiagudas.

Comenzamos a ascender por la ladera lentamente y yo resoplando (ya tengo una edad). Es casi verano y pronto empezará a hacer mucho calor. Subimos y subimos (y yo resoplo y resoplo). Cuando paramos unos minutos a mitad de ascensión, para recuperar el resuello, de pronto veo allá abajo que alguien está subiendo hacia nosotros, a derecho, por la pendiente más abrupta, rápidamente. ¿Quién será? Tiene pelo largo, una camiseta celeste, falda corta y... ¡Sus pies están descalzos!



Camina sobre las rocas con increíble agilidad, como un rebeco, a saltos ligeros y etéreos. Y en pocos minutos llega a nuestro lado. Sin resoplar, ni jadear y con una sonrisa radiante. Su piel es de color avellana, curtida por el sol y la intemperie, y sus miembros, delgados y flexibles; su edad, indefinida, aunque joven. Es una mujer... ¡Increíble! Camina descalza, sin mochila, ni gorro, ni cantimplora. Nos saluda con simpatía. De forma natural se une a nuestra marcha, nos acompaña hasta la cima. Habla poco, pero sonríe mucho. Nos pregunta de dónde somos. Se lo decimos. Y al devolverle la pregunta, ella nos responde que es del cielo y las estrellas.

Conoce cada centímetro de la montaña. Sabe encontrar la pequeña roca sombreada que la protege del sol, el pequeño manantial donde calmar la sed. No parece afectarse por los tojos llenos de pinchos, a pesar de que no lleva calzado.

Paramos en la cima un buen rato para disfrutar de las vistas, bebemos agua, picamos frutos secos... Ella no quiere beber ni comer nada. La naturaleza le da todo lo que necesita, dice.

Hace ya un sol fuertísimo, estamos muertos de sed, y ella no quiere beber. No parece necesitarlo. Se tumba cuan larga es sobre la cima para recibir los rayos del sol.

Aprieta el calor. Ya es mediodía, así que empezamos el descenso. Caminamos lentamente en busca de los prados del fondo del valle. Y ya no la vemos más. Ha desaparecido.

Cuando finalmente llegamos al pueblo del que partimos por la mañana, ya es más de mediodía. Las cervezas heladas nos llaman desde el fondo del bar. Bebemos y bebemos, lo necesitamos.

De pronto, aparece ella, con el pelo y la ropa mojados, sonríe... Se ha bañado en el pequeño arroyo del fondo del valle y ha bebido agua allí.

Nos acompaña con agrado, busca nuestra compañía. No bebe cerveza. No tiene móvil, ni usa electricidad, ni agua caliente en su casa. Se baña en el río. Me recuerda a los elfos del bosque, toda ella translúcida, un ser de luz, sin malicia. Nos quedamos noqueados cuando la escuchamos hablar y nos cuenta su modo de vida. Tan simple y al mismo tiempo tan pleno.

¿Tal vez es que nuestra vida se ha vuelto demasiado complicada?

El tiempo pasa, y nuestro estómago nos recuerda que es la hora de comer. Volvemos a nuestro pueblo. Pero vamos a hacer otra excursión a la misma zona la próxima semana, le decimos. ¿Querrá unirse a nosotros? Acepta muy contenta. Quedamos a las 9:30 de un día de la siguiente semana.

Ya en el coche pensamos que seguramente no la veremos más. ¿Cómo podrá saber el día y la hora, si no tiene reloj, ni calendario, ni radio, ni televisión? Es como un ser fantasmagórico que aparece y desaparece.

Transcurre la semana con sus quehaceres diarios, hasta que llega el día de volver a las montañas. De nuestra amiga de los bosques no nos hemos acordado más. Aparcamos al lado de un prado, buscando la sombra. Cuando de pronto vemos que allí hay alguien. Una persona está sentada sobre la hierba, acurrucada, y nos mira y nos sonríe. ¡Es ella! ¡Ha venido de nuevo!

¡Una elfo de los bosques se ha hecho nuestra amiga!

Monse Robles Castro

PEREZA

La hegemonía tiene esas cosas, que nunca te pregunta de forma honesta, siempre lo hace desde arriba, nunca para establecer un diálogo justo, sino para demostrarte por enésima vez que estás equivocada.

En el trabajo me preguntan si no me dan pereza los treinta kilómetros de carretera que me separan del pueblo donde vivo.

Me lo preguntan en medio del ruido del tráfico, atronados por la alarma histérica del banco de enfrente que acaba de dispararse sin ton ni son y el grupo electrógeno de la obra de abajo, que hace que no nos entendamos entre nosotros ni gritándonos a la oreja.

Practico otros pecados capitales, pero justo la pereza, no.

Me miran sin entender muy bien mis explicaciones, que me sitúan lejos del centro comercial, del supermercado, del cine, de todos esos lugares con los que muchos están unidos de forma umbilical, conectados como el astronauta a la nave espacial. Me sitúan en ese no lugar que ellos imaginan inhóspito y lleno de peligros, donde la vida normal no es posible, donde salir a la calle puede ser exponerme a que me coma un diplodocus, o el bigfoot, o el hombre lobo, o el hombre del saco.

CONCHA LUCAS

Recorro mi camino de vuelta a casa, para muchos innecesario e incómodo, atravesando el bosque de robles, las choperas, sin perder de vista el fondo de la carretera por si salta algún corzo, mirando de reojo esas montañas que posan para mí en un atardecer naranja no apto para Stendhal.

¿Pereza?



Aquí, donde vivo, la primavera me avisa de su llegada dejando caer ladridos de corzo aquí y allá, y las primeras cigüeñas, por san Blas, me dicen que, por fin y ya era hora, vamos hacia la luz y, de pronto un día, al portalón de casa le da el sol de forma diferente, y ya sé que puedo salir de la cueva y rascarme los pelos de la espalda contra un árbol.

Tengo una cocina de leña, un pozo, un pequeño huerto y cuatro gallinas, Que diría mi ex suegra, qué ganas de complicarse la vida

El día del apagón comí caliente sintiéndome culpable mientras escuchaba en el transistor a pilas cómo la gente pasaba la noche atrapada en un tren de vuelta del trabajo, la mayoría atascados en un hogar lleno de aparatos eléctricos ese día inútiles. Cuando dejé el edificio donde trabajo, una vecina en silla de ruedas comía en el portal una tortilla de patatas del supermercado. Y, una vez en casa, constaté, por vez primera, que la autonomía que había perseguido siempre tenía su razón de ser, que no andaba tan desencaminada cuando mi instinto me mandó a vivir junto al monte.

Continúo mi camino dale que dale, curvas que curvas, robles que robles, riscos que riscos.

Sin pereza.

No me da pereza, me da pánico la carretera helada de madrugada de camino al trabajo. Y me dejan pensando las pisadas que corretean el desván, por la noche, ¿será un pájaro? ¿Será un avión? No me dan pereza, me dan morcilla las estatales lágrimas de cocodrilo

sobre la España vaciada, vaciada a costa de quitar transporte público, restringir el médico, cerrar colegios, las casas caras y las carreteras dignas del París-Dakar. No me da pereza, me indigna que se modifiquen leyes deprisa y corriendo para permitir macroproyectos eólicos, los huertos solares sin control, las macro granjas, que ya estará el listo de turno diciendo "claro luego quieres tener luz y comer carne". Argumento cojo, reduccionista, y facilongo, digno del más bocas de la barra del bar.

Si, puede que quiera luz y comer carne, pero no así.

No puedo explicar a los que me preguntan, que poner el cuerpo viviendo en estos territorios es una forma de militancia, es un modo de vida, una posición de coherencia que me atraviesa. No puedo explicar eso a quien mide dónde vive en función de la plusvalía o el miedo a salirse del carril. La hegemonía tiene esas cosas, que nunca te pregunta de forma honesta, siempre lo hace desde arriba, nunca para establecer un diálogo justo, sino para demostrarte por enésima vez que estás equivocada, para volver a informarte de que estas posturas no son alternativas a lo que ya hay, sino otredades perroflauteras sin pies ni cabeza.

Aparco frente a casa y voy pitando al bar que hoy hay vino con las vecinas.

Faltaría más.

Concha Lucas

ZURRAPAS

IGNACIO CHAVARRÍA

Esta mañana, como casi todos los días este verano, he ido al bar a socializar. No soy demasiado de socializar, pero sí de bares. He pedido un tercio frío; con el calor apetece una cerveza helada bien arropada de blanca espuma; en invierno tiro más por un caldo tinto que me alegre el alma.

Me he sentado con dos paisanos, previo permiso que, con una media sonrisa, me han denegado. Hablamos un poco de todo: del tiempo, de los incendios, de lo mal que está la vida... cosas intrascendentes, charla de telediario. Ni ellos ni yo terminábamos de dar con la tecla de una conversación más sincera.

Uno de ellos acariciaba distraído a mi perra, que siempre se tumba al lado de quien piensa que le dará algo a escondidas. *¿Es viejina, no?* —me pregunta—. *Sí, ya tiene años.* Siempre me preguntan eso cuando la ven jadeando y los mira con sus ojos tristes y su cara canosa. *Yo tengo al mío en casa. Son mejores que las personas; mira que hacen compañía. Tengo tres hijos, ¿sabes? Por ahí andan, por el mundo. Te lo digo de verdad: cuando este se vaya, me voy con él.*

Su cara se entristece bajo la máscara de piedra que le ha tallado la vida. Mira a la perra con la vista perdida mucho más allá, puesta en otros tiempos, cuando en su casa no sonaba el eco de la soledad. *Cuarenta años llevo solo.* Sus dientes rechinan con rabia contenida cuando lo dice... ¿O tal vez es resignación? No sé interpretarlo; solo veo su dolor.

Pero tienes a tus hijos. Su gesto se tuerce; creo que he clavado un clavo más en su cruz. *¿Tú los ves? Yo no. Solo. Cuarenta años solo. Ya ni ganas tengo de estar aquí. Sigo por él, por el perro; cuando se vaya, yo voy detrás, a echar unas cartas con mi padre, que ya debe tener la baraja preparada.*

Me recuerda otra conversación que tuve hace poco con una mujer, también del pueblo. Paseaba ella a su perro y me dijo algo parecido: que estaba sola, que ya casi ni ganas tenía de salir de casa, que solo lo hacía por sacar al animal. *¿Y tus hijos? Por ahí andan; tienen sus vidas, sus cosas.*



Los pueblos guardan las zurrapas de un jamón que enseña el hueso: resecas, se resisten al cuchillo, pero todavía dan buen sabor a un caldo en invierno. Yo he elegido estar aquí... *¿Elegí estar solo?* Ni yo lo sé; la vida te lleva a veces por caminos oscuros. Pero no me desagrada: mis hijos están a una llamada de teléfono para lo que necesite; tengo

suerte.

Pero hay otras vidas, otras soledades no deseadas, otras formas de sentir una casa vacía. Y a veces, muchas veces, acariciar la cabeza de tu perro en el silencio de la noche o sentir el ronroneo de un gato resregándose contra tu pierna por la mañana te da la excusa que necesitas para seguir adelante.

Ignacio Chavarría

FEBRERO 2026 N° 2

www.palosdeciego.es

OJO CRÍTICO

NATURALEZA EN SU ESTADO PURO E IMPURO

JUAN CARLOS MARTINEZ

